

se ve el patio sembrado de hombres y mujeres privados de sentido que siguen por algún tiempo en miserable estado. Esa vez, como de costumbre, los derribó el aguardiente con tal prisa que no pudieron terminar la fiesta debidamente. La ceremonia final á que se tiende es tostar el

CANCIÓN HUICHOLA PARA LA DANZA DEL JÍCULI



CANCIONES HUICHOLAS PARA LA DANZA DEL JÍCULI

Transcritas del Grafófono.

Estas canciones se repiten varias veces, omitiéndose algunas las notas marcadas x, pero conservando el tiempo con una pausa.



maíz, acto que da nombre á la fiesta entera, llamada Raririquira, de *raqui*—maíz tostado. Debiéndose hacer al amanecer, se retardó esa ocasión hasta el medio día.

Á esa hora ató con una cinta el sacerdote una pluma en la cabeza de la mujer designada para tostar el maíz, y le dió una escobetilla de popotes para removerlo. Dispuso

ella luego el comal colocándolo al fuego sobre tres piedras, y se puso á esperar á los hombres que habrían de darle el grano. Aparecieron á poco los peyoteros llevando en sus bolsas grandes mazorcas de maíz de varios colores, y dadas las vueltas ceremoniales de rigor, amontonaron en el suelo las mazorcas y sentáronse á desgranarlas. Sacrificaron cinco granos al fuego y dieron el resto á las mujeres para que lo tostaran, operación que no requiere mucho tiempo. El *ezquite*, que es como se le llama, fue ofrecido á los presentes, juntamente con caldo y carne de venado.

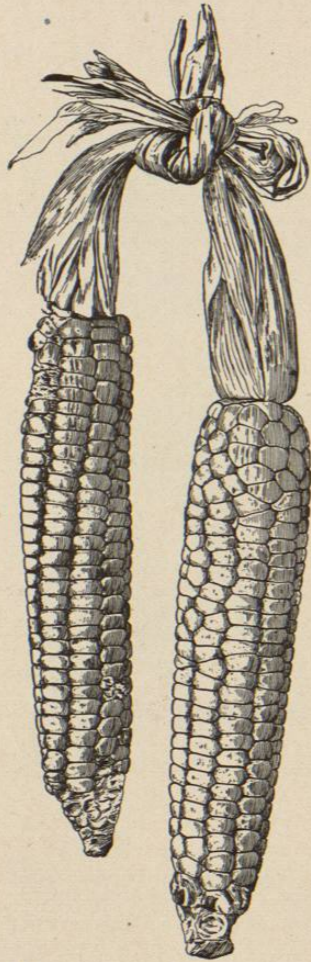
Los huicholes miran todos sus principales alimentos como especial don de los dioses y celebran á este respecto ceremonias periódicas. Nunca se le ocurre al indio que tiene que comer obedeciendo á leyes naturales para sustentar su vida. Nada toma de su nueva cosecha de maíz, frijol ó calabaza hasta que celebra una fiesta y se ofrece parte del producto á los dioses. Aun las diversas formas en que toma el maíz, como tamales, maíz tostado, etc., exigen una ofrenda á las deidades, antes de que se prueben. Las mismas reglas se observan con las bebidas embriagantes y, en ciertos casos, aun con el agua. Los indígenas respetan su comida y bebida y los toman cuidadosamente, puesto su pensamiento en los dioses que se dignan concedérselos.

Miran naturalmente al maíz, su cereal más importante,



Bailador entusiasta.

con especial reverencia. Tienen mucha precaución de no pisar ningún grano, por creer que si lo hacen, se machucan la vida. El maíz es una muchachita que oyen á veces llorando en los campos; tiene miedo al coyote y á



Mazorcas como se conservan colgadas para el invierno.

otros animales salvajes que comen grano. Hay nombres distintos para el maíz en cada una de sus épocas de crecimiento: cuando lo siembran; cuando brota; para la planta con dos ó con tres hojas; la milpa con tallo, en flor, con maíz tierno, con mazorcas prontas para la siega, y finalmente, para el maíz que se entroja para el consumo. Hay cinco clases de maíz, cada cual de color diferente—rojo, amarillo, blanco, negro y pintojo ó veteadó—todos pertenecientes á distintos dioses. Á tal grado llevan los indios la personificación de este cereal que guardan cinco mazorcas en la jícara sagrada de la casa “para que esperen á los hijos del maíz,” es decir, á la próxima cosecha, aunque por algunos meses carezcan del necesario para sus diarias necesidades.

La localidad del Rancho Hediondo me resultó interesante y me hice con cuanto pude conseguir, incluso los zurrónes de animales que habían presenciado la fiesta. Me sentí ansioso entonces de proseguir mi viaje; mas, no obstante que me habían ofrecido un guía, con la general borrachera todos los convenios se habían

olvidado. Á fuerza de muchas promesas y ruegos logré conseguir un hombre, y eso por sólo un día; pero salimos, al fin, ya caída la tarde, y llegamos al fondo de un profundo arroyo donde nos detuvimos á pernoctar.

Para colmo de molestias, teniendo que tratar con hombres ebrios, sin guía de quien valerme para dejarlos, advertí de pronto que había perdido mis llaves. Después de buscarlas en vano, me di por conforme con la reflexión de que algún futuro viajero las encontraría en el templo adornando el cuello de la ardilla gris; pero al rato uno de mis hombres tropezó con ellas y me las llevó. Por nuevo beneficio del cielo acertó á pasar por nuestro campamento un indio joven á quien insté á que me sirviese de guía. Su rancho quedaba á solo un día de camino, pero lo persuadí á que continuase con nosotros por dos. Cuando avanzamos algo al oeste á traves de la solitaria selva, hallamos camino relativamente bueno y terreno bastante parejo. Pasamos junto á una palma de abanico, alta como de doce pies, que crecía entre pinos y encinas.

En otro lugar de la montaña, llegamos á un gran amontonamiento de piedras, entreveradas de yerba, semejante á otros muchos que había visto en la Sierra Madre. En la región de los tarahumares y tepehuanes, están hechos principalmente con piedras y estacas; pero tanto acá como allá se encuentran siempre en los puntos altos donde la senda sigue por un desfiladero entre dos ó mas quiebras, ó lo que los mexicanos llaman *puerta*. Aunque dichos montones tienen tres, cuatro y aun cinco pies de altura, están formados sin ningún plan ni orden. Cada indio que pasa echa una piedra ó un palo para que no se le acaben las fuerzas en su viaje. Entre los tarahumares sólo los viejos observan esta costumbre. Cuando los tepehuanes llevan algún cadáver, lo dejan descansar como un cuarto de hora sobre dichas piedras con el fin de que el finado no se fa-

tigue, sino que tenga el vigor suficiente para concluir su largo viaje á la tierra de los muertos.

Uno de mis huicholes se detuvo al llegar al montón, arrancó del suelo un puñado de yerba, cogió una piedra del tamaño de su puño y escupiendo una y otra, las frotó con rapidez cerca de sus rodillas y se las pasó dos veces sobre el pecho y los hombros, exclamando: *¡Quenes-ticuai!*, "ojalá que no me canse!" hecho lo cual puso en el montón la yerba con la piedra encima. Daban á esa aglomeración particular el nombre de *Nuticuayē* (el que sabe curar). Otras no tienen nombres propios, pero todas se consideran bajo el dominio de la Diosa de las Nubes Meridionales. Los mexicanos las llaman *mojoneeras*.

Nuestro guía no quiso pasar de allí declarando que necesitaba volver á su tierra para tomar participación en una fiesta del jículi que iba á celebrarse. Tuve, pues, que dejarlo marcharse, dándome de santos de que nos hubiera acompañado hasta esa distancia. Por fortuna pronto encontramos á otro indio que nos enseñó el camino desde la altiplanicie hasta la ancha barranca al otro lado de la cual se encuentra el pueblo de Guadalupe Ocotán, á medio camino sobre la pendiente. El descenso era tan tortuoso que, aunque caminamos casi el día entero, sólo recorrimos catorce millas que en línea recta no representaban más de seis. Al otro día llegamos al pueblo. El lugar parecía abandonado; dondequiera, aun junto á la iglesia, había yerba crecida y seca. Detúveme bajo unos sombreros árboles, después de cortar dicha maleza en espacio suficiente para evitar peligro de incendio.

Guadalupe Ocotán, el pueblo huichol situado más al sur, es de origen reciente, pues se formó en 1853. Antes pertenecía el distrito á San Andrés, y no obstante hallarse á la margen izquierda del río, en costumbres y afinidades ha seguido relacionado con la parte occidental. En el interior de la pequeña iglesia encontré una decoración original: los

periódicos oficiales del gobierno del Estado cuidadosamente suspendidos en largas tiras á manera de colgaduras.

Por la ruinoso situación del templo pagano inferí que no se atendía á la religión nativa, mas parece que se observan fielmente las antiguas danzas y ceremonias. Las mujeres son vergonzosas y los más de los indios no hablan



Familia huichola de Guadalupe Ocotán.

español. Muy escasa influencia parece haber ejercido en ellos la civilización, si no es en que los hombres se dejen el cabello bastante corto, peculiaridad que, por supuesto, se debe á la proximidad de los "vecinos" que se han apropiado la tierra algunos millas al sur, y establecido el pueblo de Huajimi. Por lo demás, la región que comprende el extremo meridional de la Sierra Madre está muy aislada del resto del mundo.

Así las autoridades nativas como la demás gente se mostraron muy bondadosas conmigo, y todos contribuyeron á hacerme provechosa mi estancia. Como era la última oportunidad que tenía para conseguir muestras etnológicas de la tribu, estaba ansioso de completar mis colecciones. Las mujeres sobresalían en la fabricación de camisas y túnicas, ricamente bordadas con antiguos dibujos. Por bondad del alcalde obtuve varias de esas excelentes prendas, que sus dueños se manifestaban reacios á ceder. Él mismo fue quien me vendió la camisa admirablemente trabajada cuya ilustración doy en la página 229. También me prestó ayuda en otro sentido. Había tratado en Ocota un tambor que el vendedor ofreció entregarme acá; pero habían trascurrido dos semanas y el tambor no me llegaba. Para ahorrarme tiempo y molestias, el generoso alcalde me ofreció el suyo, diciéndome que el importe lo cobraría al hombre de Ocota.

Deseando recoger algunos cráneos de un antiguo sepulcro situado en una barranca distante, y no siéndome posible emprender personalmente el viaje, persuadí á los indios á que fuesen á buscármelos. Volvieron con la preciosa carga en dos sacos que al efecto les había yo proporcionado. El hecho prueba de un modo notable que los huicholes no temen á los muertos que llevan mucho tiempo de haber salido de la vida.

CAPÍTULO XVI

EN CAMINO Á LA COSTA—REFORMA CIVILIZADORA POR MEDIO DEL TRAJE—CUESTIÓN DE CALZONES—LLEGADA Á TEPIC—SITUACIÓN AGRÍCOLA DEL TERRITORIO—LA FIEBRE MALARIA—ESPLÉNDIDAS ANTIGÜEDADES HALLADAS EN UN JARDÍN—CERÁMICA.

MUY satisfecho con lo que obtuve allí, partí el 11 de febrero para la costa rumbo á la ciudad de Tepic. Me acompañaban entonces cuatro mexicanos, que habían estado conmigo desde mi visita á Mezquitic, cinco huicholes y un indio civilizado de Huajimi. Tuvimos otra vez que ascender la fría y ventosa sierra que seguimos por cerca de dieciocho millas al sur. La vista desde la cumbre hacia el mar era magnífica. El majestuoso volcán extinguido de Sangangüey, que oculta á Tepic, se erguía bajo una niebla azulada como á sesenta millas al suroeste sobre una ondulación de cerros que corrían entre nosotros y su cúspide. Veíamos á nuestros pies el pedazo de tierra denominado Nogal, con sus largas pendientes y rugosas crestas alfombradas por espesos pinares. En el centro de aquella extensión verde había una quieta laguna que parecía un ojo abierto en el solitario paisaje, la que suponen los mexicanos comunicada con el mar. Dicen también que con frecuencia han visto salir de allí ganado. La localidad está casi inhabitada. Los pocos huicholes y mexicanos que hay, deben más bien considerarse como colonos.

Nuestra senda iba á dar al camino real de Huajimi á Tepic, y bajamos de lo que fue región de los huicholes y que aun se llama Sierra de los Huicholes ó Sierra de Álica.